

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 184

Sevilla —Lunes 14 de Agosto de 1899

AÑO XXIII.

Sr. Director de la *Revista Interplanetaria EN LA LUNA*

93

Respetable señor: El Dios invisible é incorpóreo que rige el Universo te conserve muchos siglos con salud, libertad y dinero.

EL PAPA DESTRONADO

El Papa ha sido destronado. Y no ha sido destronado por los demócratas españoles, ni por los demócratas franceses, sino por todas las naciones que componen el concierto del Universo Mundo.

La Conferencia universal reunida en Holanda para humanizar las guerras, ya que no suprimirlas, porque necesitaría suprimir el hombre, ha prescindido del concurso del Papa como jefe de Estado. Y la verdad es que la Conferencia de la Paz ha sido lógica.

La soberbia, intolerancia y ambición desmedida del Vaticano han sido la causa de todas las guerras de Europa y de las cuatro quintas partes de las habidas en las demás partes del mundo.

Y forma parte del tribunal, con voz y voto, el acusado á quien ha de juzgarse, sería el absurdo de los absurdos.

Desde que Carlo Magno (aún no canonizado por morir impenitente) creó, á últimos del siglo 10.º, el Estado Pontificio para debilitar el poder de Italia y tener los Papas á los pies de Francia, y á los demás reyes católicos á los pies del Papa, el voto del Vaticano ha sido, hasta ahora, decisivo en las cuestiones europeas.

Y confirmado por la voluntad universal el destronamiento del Papa, llevado á cabo por Italia, el imperio católico es muerto. Y muerto el imperio parásito, es muerto su lenguaje (el latín), y muertas son las comunidades (alimañas roedoras). Y la ciencia, y la paz nacional, y la paz doméstica, serán con las naciones que fueron católicas (esclavas).

La Conferencia denominada de la Paz no ha podido decretar ésta, porque tal pretensión no pasará nunca de ser un sueño de teóricos. Pero ha dado un paso gigantesco haciendo caso omiso del Vaticano, con lo que ha quitado á los católicos toda esperanza de restauración del poder temporal del Papa. Italia ha triunfado por completo.

¿Qué diferencia entre el pasado y el presente!

Entonces, el Papa mandaba organizar las cruzadas para ir á buscar en Jerusalén la cruz de Cristo, á los nueve siglos de fecha, y obliga al rey de Inglaterra (Ricardo Corazón de León) á que se le presente, le bese los pies en audiencia solemne y marche en penitencia á Tierra Santa, so pena de ser destronado. Un edicto papal destrona al rey de Aragón y nombra para sustituirle á un príncipe francés.

Al subir al trono Isabel de Inglaterra, el Papa la destituye, acusándola de usurpadora, por no haber contado antes—decía el Papa—con Nuestro consentimiento para reinar en el más preciado de Nuestros feudos. Sin embargo—continuaba el edicto—Nos, inspirado siempre en espíritu de clemencia, te concedemos volver á nuestra gracia si, al recibir esta Mi voluntad, renuncias solemnemente á la corona y te retiras á un convento á cumplir la penitencia que Nos te imponemos.

Á Enrique 3.º (de Francia) se le obligó con toda su Corte á marchar á pie, y vela en mano, en procesión desde París á Chantre para probar su fe. Y este rey fue, por último, asesinado por el fraile Jaime Clemente.

Enrique 4.º, apellidado el Grande, que sucedió á Enrique 3.º, luchó catorce años contra sus rebeldes súbditos católicos. Y para conseguir la sumisión de París, en donde se preparaba la proclamación de rey á favor del cardenal Angulema, fué Enrique obligado á enviar á Roma una embajada con pompa superior á las hasta entonces conocidas.

El representante de Enrique llegó á Roma con toda ostentación, y trece veces recorrió las principales calles de la ciudad, y precedido de timbales y seguido de su numerosa y brillante

comitiva, llegaba á las puertas del Vaticano, que encontraba cerradas. Llamaba el embajador trece aldabonazos, y como no le abriesen, volía á su alojamiento.

Cumplida la humillante ceremonia, el Papa, rodeado del Colegio de Cardenales y de todo el cuerpo diplomático, recibió al representante de Enrique, que, puesto de rodillas, besó repetidas veces los pies del Pontífice. Este, látigo en mano, le propinó trece latigazos, manifestando que fustigó en la persona del embajador á su súbdito Enrique 4.º

Y á Enrique le impuso la penitencia de confesar, comulgar y oír misa de rodillas ante el ejército con que sitiaba á París, y llevar sobre su uniforme un escapulario con la efigie del Corazón de Jesús.

Esto no obstante, Enrique 4.º fué también asesinado, como su antecesor. Y á petición de su confesor, consintió la reina, Ana de Médicis, que le fuese extraído el corazón y entregado con toda solemnidad á una comisión de frailes jesuitas, que lo reclamaba para conservarlo en alcohol en su convento de la Fleche.

Pues tanta soberbia y tanto poderío quedan reducidos á la nada en los tiempos presentes.

Á las puertas del Vaticano se reúnen los representantes de todos los Estados del mundo, y sólo se sabe que existe el Papado por haber protestado de la preterición los representantes católicos, que, como niños enojados, no asistieron al banquete con que el Gobierno de Holanda obsequió á los conferenciantes.

Á la preterición seguirá la retirada de los representantes diplomáticos, y la sombra del Vaticano se proyectará sólo sobre España.

El Papado está, pues, en la agonía, y España sufrirá la misma suerte si no se separa á tiempo de su místico esposo.

MERCURIO.

La Tierra y Madrid 99.

HABLAR CLARO

Muro en San Sebastián ha expuesto su pensamiento ante un redactor de *La Correspondencia de España*, reivindicando la primacía para el partido republicano de la mayor parte de las reformas que demandan comerciantes y agricultores; y con habilidad suma y una discreción prudentísima, que cuadra bien á la razón y á la consecuencia, ha demostrado que esas concentraciones democráticas que no tengan por base el compromiso de ir decididamente á la República serán completamente estériles y no conseguirán paralizar la acción del pueblo, ni servirán de compuerta que detenga el torrente revolucionario.

El régimen—dice de un modo admirable el Sr. Muro—es el causante de todos nuestros desastres, y todo lo que á su lado se intente, ni podrá cicatrizar los males de la patria ni salvarnos del naufragio.

La República, limpia de todo pecado, sin manchas que han emborronado el mapa de España, es la llamada con soluciones ampliamente democráticas y liberales á purificar el ambiente y á emprender la obra de regeneración de España.

También parece, á juzgar por lo que dicen los telegramas que hemos insertado en números anteriores, que el general Weyler ha hecho importantes y trascendentes declaraciones ante los concejales republicanos del Ayuntamiento de Palma, de las que se han tomado notas en San Sebastián y en Madrid, que han alentado los ánimos de los buenos patriotas y han causado honda y profunda sensación en el mundo oficial y en las esferas del Gobierno.

El telégrafo suele traducir impresiones sensoriales que luego se atenúan, y no hay duda que algo parecido sucede en este caso; pero de cualquier modo que sea, siempre queda el justo medio y la apreciación serena y fría en este juicio informados, nos parece que el general ha dicho algo de gravísima trascendencia y ha expuesto con ruda franqueza que el régimen no es adecuado para conjurar la tormenta, que hay que aproximarse á otras soluciones que ofrezcan garantías de regeneración de la patria.

A los republicanos nos importa mucho estar apercibidos y acoger con simpatía á estos elementos desengañados ó desairados, que en un momento lúcido han comprendido que el remedio del mal no se consigue más que con la República y á ella vuelven sus ojos.

La fuerza episcopal

Con motivo de haber prohibido el gobernador de A*** que en la ciudad se toquen las campanas del modo, á su juicio excesivo, que se ventó haciendo, el obispo de la diócesis, con el cabildo catedral y todo el clero, han elevado una protesta á la corona, suscrita ya por más de 60,000 firmas de todas las clases sociales, y es tan grande la agitación en dicha capital, que se teme un serio conflicto de orden público, y ya se habla de dimisión ó relevo del gobernador.

Esta noticia la habríamos leído en la prensa toda, si desempeñando el obispado de A, ó de B, el que hoy desempeña el de la Habana, el gobernador hubiera intentado no más que corregir un abuso intolerable y reducir el toque de las campanas á sus justas proporciones.

Ahora lean una noticia, no hipotética, sino real y exacta, que ha publicado la prensa americana y parte de la española:

«A consecuencia de haber prohibido en absoluto que se toquen las campanas el gobernador yanqui de la Habana, el obispo (lo es todavía el español, llamémosle así, que lo era antes de la ocupación), ha obedecido al punto la prohibición mandando atar los badajos y verificar todo lo necesario para que no se oiga en adelante una campanada en la ciudad.»

La moraleja no puede ser más clara y lógica. Los obispos y alto clero gritan y se sublevan ante los gobiernos débiles y complacientes hasta el servilismo, creándoles serios conflictos por la cosa más justa si les contrarian en su orgullo; pero callan y obedecen prontamente cuando se trata de poderes fuertes y despreocupados que no les temen ó que los desprecian.

Apredan nuestros políticos y también el clero inferior y el pueblo.

Aquí mismo son frecuentes los disgustos por denegación de sepultura al menor pretexto; pero el infante D. Enrique, masón, y muerto en desafío, enterrado está en un cementerio católico de Madrid; como Prim, igualmente masón, fué sepultado nada menos que en una iglesia, y hasta con ritos masonicos porque lo quiso un poder muy liberal. Asimismo una famosa pareja de suicidas fué enterrada en sagrado, porque lo quisieron ¡las cigarrerías! que patearon la mitra del orgulloso P. Cos, primero muy dispuesto y luego calladito como un cadáver.

Está visto, con Roma, con el Vaticano, los obispos y alto clero, decisión, fuerza, voz muy levantada, vulgo escándalo, enseñar los dientes, cerrar la bolsa con firmeza y... como la se da, se consigue todo; y más aún.

Hay también ciertos resortes eficacísimos: sacar á la plaza los trapos sucios, sean del Vaticano, sean del último obispillo. ¡Duro con las personas que ellas se vendrán á razones! ¡Ay del sumiso, del respetuoso y complaciente! Lo patean sin piedad esos bellacos.

El mártir de Rennes

Los pueblos latinos son eternos esclavos de la estética; su raciocinio irá siempre á rastras de su imaginación.

Acaba de comparecer Dreyfus ante el consejo de Rennes, y tanto sus enemigos como los que aun no tienen partido determinado, se olvidan de los argumentos en pro ó en contra de su culpabilidad, y solo hablan de lo poco simpática que resulta la figura del procesado.

Efectivamente, Dreyfus tiene poco de simpático, y esto tal vez influya en que toda la opinión no se cologue unánimemente á su lado. Hasta los más entusiastas amigos y defensores de Dreyfus reconocen que el excapitán resulta poco atractivo por su ticsura militar, por la rigidez de movimientos y concisión en las palabras. Es un profesional á quien el oficio se le ha colocado hasta la misma médula. Los enemigos del militarismo se encueplan con que defienden á un hombre que se ha moldeado dentro de su uniforme, y que, absuelto ó condenado, no será más que un militar. Los patrioterros vociferan, acusando de enemigo de la patria y del ejército á un hombre que, aun en los momentos de mayor emoción, cuando los sollozos hietven en su garganta y las lágrimas se agolpan á sus ojos, permanece cuadrado, sacando el pecho como si estuviera en una revista, y cada vez que afirma

su inocencia dirigiéndose al presidente, acompaña el *mon colonel*, llevándose á la visera del kepi la mano enguantada de blanco.

No hay en el espontaneidad, ni revueltas de indignación é independencia en medio de su desgracia. El uniforme, al cubrirle de nuevo, ha hecho renacer el hombre subordinado, la máquina de rígidos movimientos que debe expresarse con frialdad y mesura, aun cuando se trate de su honra y el porvenir de su familia.

Comparece en Rennes ante el consejo de guerra como si nada hubiese ocurrido, como si aun estuviera en 1894 cuando fué condenado por primera vez, como si no hubieran transcurrido para él cincuenta meses de infierno tropical en la isla del Diablo; y la gente, al verle rígido, frío, más preocupado de tener el aspecto muy militar que de comover dando suelta en forma desordenada pero espontánea á los gritos y protestas de la inocencia perseguida, le encuentra antipático.

¿Antipático?... sea. Pero ese hombre hace cuatro años era joven, fuerte y elegante, y ahora es un viejo de mejillas descarnadas, la cabeza blanca, los ojos hundidos en las negruzcas órbitas, con aureola de arrugas de tanto llorar en la soledad de la isla infernal. Procura erguirse con cierta gallardía ante la curiosidad pública, satisfecho de vestir de nuevo su uniforme de artillero; pero sus anchas espaldas son falsas, falso es su robusto pecho; el sastré ha tenido que rellenar las cavidades angulosas de ese esqueleto devuelto al mundo, y el pantalón cae en desmayados y tristes pliegues sobre las descarnadas y puntiagudas rodillas.

Las trazas de los tormentos sufridos, y que él por una coquetería desacertada procura desfigur, conmueven y hacen desaparecer la primera impresión de antipatía. ¡Cincuenta meses pasados allá abajo, en una isla más que salvaje, rodeado de guardianes mudos que le siguen continuamente con su mirada dural! ¡Cincuenta meses, inacabables como la eternidad, durante los cuales no marca el reloj un solo minuto sin que se recrudescan las heridas morales, y el deseo de protestar, no encontrando camino expedito, se resuelva en forma de salvaje desesperación! ¡Qué de lágrimas, de escribir cartas y más cartas que no llegaban á su destino, de redactar peticiones al Parlamento probando su inocencia; documentos en los que ponía su alma entera y con los cuales se quedaba cualquiera de sus guardianes!...

Si resucitara la Inquisición mucho tendría que aprender en la isla del Diablo. Nada de tormentos físicos; el cuerpo del condenado fué inviolable, pero no quedó privación ni sufrimiento moral que no se aplicara al que toda Francia creía traidor, sin más prueba que la afirmación de una camarilla de militares plumíferos.

Aislado del mundo, llorando á todas horas, rodeado de guardianes rígidos y mudos como cadáveres ambulantes, creyó volverse loco. Gritaba su inocencia al mar, buscando en el horizonte el penacho de humo que le trajera la noticia del error oficial reconocido, y le suprimieron el mar, levantando en torno de su choza un muro altísimo. En la noche tropical hizo testigo de su desgracia á las estrellas: hablaba con ellas como un loco, asegurando su inocencia, y entonces le robaron el cielo, reclusándolo en el fondo de la cabaña. De los elementos de la vida solo le dejaron cuarenta centímetros de aire, un ventanillo por el que veía el paredón cercano y la tierra que pisaba, siempre ardorosa por una temperatura de horno y exhalando los miasmas de la fiebre.

En esta situación la idea de la muerte es la más bella esperanza. ¡Morir! ¡descansar! ¡sustraerse á la injusticia de los hombres!—«Pero tengo mujer é hijos»—ha dicho Dreyfus con sencillez al relatar sus cincuenta meses de infierno, con la cadena al pie, devorado por los insectos y encerrado en estrecha cabaña, con dos guardianes mudos que á la menor alarma le apuntaban sus revólvers.

No quería morir; tenía antes que justificarse, que restablecer la verdad; y esto le dió fuerzas sobrehumanas para vivir y vencer la locura que por momentos se apoderaba de él. Así como Cyngiro en la batalla de Salamina aferraba con los brazos la trirreme enemiga, y al cortarle las manos se agarraba con los pies y los dientes, dispuesto á caer en pedruzcos antes que soltar la presa, Dreyfus se agarró á la vida para justificarse, y en vano cayeron sobre él la fiebre, la locura, los tormentos morales y minuciosos de la vigilancia, capaces de consumir un hombre en pocos días. Quería vivir, y ha vivido para comparecer de nuevo ante los jueces, para recomenzar esa lucha á que le condenaron de una parte ocultas intrigas y de otra el odio religioso.

Una gran parte de Francia le cree culpable; la patriotería que sueña con la revancha y el poderío militar francés, necesita creer en traiciones, como en todo melodrama se necesita un traidor para que la obra interese; por otro lado, el jesuitismo y la gente monárquica que conspiran contra la República, necesitan que Dreyfus sea condenado de nuevo, porque saben que esto significará el descrédito universal de la democracia francesa.

Le condenaron creyéndolo autor del *bordé*.

reau y amigo del agregado militar de la emba- jada alemana; y posteriormente, Estherazy, el ídolo de los patriotas, el testaferru de los ge- nerales, ha declarado que el bordereau era suyo y que él era quien sostenía relaciones con el oficial alemán.

¿Qué pruebas, pues, quedan en pie para considerarle traidor? El ser judío y poco simpá- tico y la palabra de unos cuantos genera- les, cáudillos inéditos de blanca perilla y kepis ladeados, á quienes mantiene opulentamente la nación por un talento estratégico que se supone y que todavía ha de probarse; apreciables bur- gueses con uniforme que tienen más de ora- dores que de guerreros y llevan diez y ocho meses ejerciendo de críticos literarios como Pe- dieux, que demuestra su talento militar hablan- do contra las novelas de Zola por ser éste drey- fusista, ó como Mercier, que siempre está anun- ciando la presentación de pruebas contra Drey- fus y nunca las presenta.

El excapitán quiere vivir para probar su ino- cencia.

Una mano caritativa ha puesto varias veces un revólver al alcance de su mano, tanto en la prisión de Cheade Midi después de la senten- cia, como en el horrible encierro de la isla del Diabolo.

El mejor final era un suicidio.

—Muchas veces—ha dicho Dreyfus con sen- cillez—he deseado saltarme el cráneo de un tiro; pero pensaba en mi mujer que moriría ense- guida, en mis hijos que no podrían llevar el apellido de un traidor. Mi deber es vivir para que levanten la frente convencidos de mi ino- cencia.

Esta inocencia se demuestra por la falta de pruebas contra el procesado. Pero el amor á la verdad obliga á decir que Dreyfus no es franco en sus declaraciones, que se calla algo, que posee el secreto de por qué se le persigue y no quiere revelarlo.

Tras ese proceso patriótico late oculta toda una novela. Esta es la impresión que se saca de la lectura de las declaraciones de Dreyfus y de las controversias de dreyfusistas y antidreyfusis- tas, en las cuales se habla de damas amigas del excapitán, cuyos nombres se guardan en el misterio.

El pecado que purga Dreyfus no es solo ser judío. La casualidad le castiga tal vez por infidelidad matrimonial, por haber sublevado con sus éxitos amorosos la ira y la venganza de vie- jos superiores.

Es indudable que Dreyfus conoce el secreto de su desgracia, la causa particular y de orden privado que le designó como víctima dentro del ministerio de la Guerra; pero calla por caballe- rosidad y porque sabe que le escuchan su mujer y sus hijos. Y mientras él permanece silencioso, atado por el respeto de su familia y por respeto al honor ajeno, entre el clamoreo de polémica universal que provoca este proceso parece oírse la irónica voz de nuestro gran Quevedo pregun- tando: ¿Quién es ella? esa ella señora del mundo que aparece siempre en el fondo de todos los asuntos, empujando á los hombres como autó- matas, tirándoles del hilo, para atrojarles en la desgracia ó para encumbrarlos á la gloria, ha- ciendo de ellos lo mismo un mártir que un ver- dugo.

BLASCO IBAÑEZ.

De actualidad

LA PESTE EN PORTUGAL

El ministro de la Gobernación ha manifiestado que en Oporto ocurrieron 32 casos de peste bubónica, seguidos de muerte.

Las autoridades portuguesas adoptan severísimas medidas sanitarias para evitar la propa- gación de la epidemia.

Expuso al mismo tiempo que habían celebrado una reunión los ministros portugueses para tratar de este asunto, y que espera recibir noticias para proceder de acuerdo.

Por lo pronto, á las diez de la mañana de hoy presidirá una reunión del consejo de Sanidad para someter á su aprobación las medidas urgentes que piensa tomar contra la epidemia y escuchar el informe verbal de los individuos que componen el Consejo.

LOS OBREROS Y LAS HUELGAS

Bilbao.—Al meeting celebrado en Gallarta asistieron unos 1.000 obreros.

Se acordó conceder un plazo de siete días para declararse en huelga general, de no acce- derse á lo que mandan los huelguistas de la fundición de los Altos Hornos.

PRUDENCIA

Los gobernadores han contestado á la circular del Sr. Dato sobre las manifestaciones religiosas manifestando que las autoridades eclesiásticas recomendarán á los fieles la mayor prudencia en los actos religiosos.

MARENCO ACUSA

El Sr. Marenco, que se encuentra en Bilbao ra dicho al corresponsal de El Liberal en aquella ciudad que cuando se abran las Cortes presen- tará una acusación contra el último gobierno del Sr. Sagasta, responsable, según él, de todos los desastres sufridos por la nación.

DECLARACIONES

DEL GENERAL BLANCO

El corresponsal de El Liberal ha celebrado una entrevista con el general Blanco en Urberuaga.

El general empezó su conferencia diciendo que le había parecido bien la sentencia recaída en el proceso por la rendición de Santiago de Cuba.

Enterado de la actitud de parte de la prensa, que pide se le exijan ahora á él responsabilidad des, manifiesta que tiene su conciencia tranquila, creyendo haber cumplido con su deber, y ratificando al mismo tiempo lo que dijo en el Senado cuando expresaba su sentimiento por no haber desobedecido las órdenes del gobierno.

Para regenerar el país hace falta, á juicio del general, introducir grandes economías destrozando los presupuestos, suprimiendo muchos obispos y audiencias, haciendo desaparecer muchas juntas inútiles y reduciendo el contin- gente del ejército; pero no sin dotar á éste, del material de guerra más necesario y sin proceder á la fortificación de las plazas más importantes.

Refiriéndose á la iniciada concentración democrática, aplaudió el pensamiento que la informa, reconociendo la necesidad de hacer una concentración de todos los hombres probos y de buena fé ante la actual desorganización y atonía de los partidos gobernantes.

Afirmó tener gran fé en la corazonada del general Martínez Campos, respecto al plan- teamiento de la crisis política anunciada por éste y á la salida de los ministros señalados por el mismo.

Es cierto, expuso el anciano general, que se me ha ofrecido la cartera de Guerra para plazo próximo, pero me considero falto de fuerzas para desempeñarla, pues en este ministerio se necesita una transformación radicalísima, creando un Estado Mayor como el que tienen las naciones europeas que figuran á la cabeza del progreso.

Sólo deseo ser soldado y en virtud de este deber acudiré á donde las necesidades de la patria lo demanden.

La guerra de Cuba debió evitarse conociendo la indiscutible superioridad de la marina yanqui con relación á la nuestra, pobre y mal organi- zada.

Duéleme mucho verme acusado, sabiéndose por todos que traté de prolongar la campaña por el mayor tiempo posible deseando dejar á salvo el honor del ejército y creyendo que se capearía el curso de los sucesos.

¡Ojalá me hubiera dejado matar por los yanquis antes que obedecer las órdenes de capitulación!

La patria me hará justicia, pues al ordenarme que capitulara se me hizo presente que, de no hacerlo, peligraban en la península la paz y el orden interior y hasta las instituciones. Por eso transigí.

Quebrantado en mi salud aguardé en Madrid hasta que fué dictada la sentencia del Tribunal Supremo.

Ahora permaneceré en Urberuaga algunos días, desde donde marcharé á saludar á Martínez Campos, con quien sostengo cariñosa correspon- dencia.

Luego marcharé á Canteret á saludar á la Regente.

Por último, aguardo tranquilo el fallo de la opinión, pues tengo documentos demostrativos de que el Gobierno aprobó todos mis actos.

COGIDA DE MAZZANTINI

Este celebrado diestro ha sido cogido en la plaza de la Coruña por un toro de Veragua.

El corresponsal de El Porvenir dice lo si- guiente acerca de la cogida:

«Como telegrafíe anteriormente, el simpático y aplaudido diestro fué cogido por el tercer toro, que le dió una feroz cornada, atravesándole un muslo é interesándole otro.

Mazzantini fué volteado á mucha altura, cau- sando su cogida gran expectación en el pú- blico.

Su hermano Tomás le salvó de una muerte segura, pues al caer el matador el toro hizo nue- vamente por él.

A las ocho de la noche fué trasladado desde la enfermería de la plaza al hotel de Francia, donde se hospeda.

Las heridas que ha recibido son bastante graves, aun cuando hasta la presente, de no sobrevenir complicaciones, no se cree que su esta- do tenga un desenlace funesto.

Mazzantini debía matar en Ciudad Real, há- cia cuyo punto salió el Litri para sustituirle.

El Litri marchó afectadísimo por la desgracia, que no fué la única ocurrida esta tarde, pues un picador sufrió la fractura de una costilla y otro se hirió en la cara.

El público salió de la fiesta muy emocio- nado.»

Juan Vulgar

Tuve una pesadilla atroz. La gran urbe, co- mo gigante colmena, con su bullir estruendoso, me había inquietado. Harto de tropel, ansiando algún reposo, la dejaba por algunas horas, bus- cando la soledad. Con el espíritu conturbado iba recordando qué, según el autor insigne de Los miserables, en la soledad no existe más que la fiera, mientras que en la ciudad existe el món- struo; y aceleraba yo el paso, parecía huir con disgusto. Al encontrarme casi en lo alto de una colina, volví el rostro, y la ciudad me pareció magnífica. Hay grandezas para vistas de lejos. Me quedé extático. Dejaba allí, á unos cuantos kilómetros de distancia, uno de los escenarios gallardos de la eterna fábula. Aquel día había sido testigo de un motín, de un arranque popular en que se había vertido sangre. Sin poderlo re- mediar, en aquel movimiento trágico había visto cierto fondo de puerilidad que me crispaba los nervios. Quise entregarme á la reflexión, y mis

ideas eran confusas, incoherentes; estaba como aturrido. Por eso fui en busca de silencio.

De pronto, á la vuelta de un camino, percibí á un mortal sentado en el suelo. Mal trajeado, de casi vulgar aspecto, pero musculoso, fuerte al pa- recer y de mirada bondadosa, iba masticando. Por lo visto entretenía el hambre. Cuando estuve cerca, me saludó humildemente. A la falda del montecillo se asentaba un villorrio. Mi fuga de la ciudad no iba á ser más que un cambio, cuestión de cifra. Allá ceca mil almas, y acá doscientas... ¿Qué más da?... Preferí pararme. Y me senté en el cesped. El hombre en cuestión, cesó de mas- ticar. Me hice el distraído, pero observé que me miraba durante unos momentos, y después se tumbó á la bartola. Desde luego era hombre confiado, y el que es confiado es bueno. Al poco rato le imité, quedándome como aletar- gado.

Vinieron á sacarme de mi estupor algunas voces. Al incorporarme ví á unos «señoritos» junto á mi hombre embromándole. Escuché burlas sangrientas. No le ví moverse, ni le oí chistar. Reír, no reía; pero en su faz se dibujaba más que la resignación el embrutecimiento.

Meneáronle como á un saco despojándole de la raída chaqueta, y oí una voz que decía: —¡Anda, déjanos tu sitio!

El infeliz se levantó, cogió su bota de vino y unos mendrugos, y les hizo plaza á los señores, yendo á sentarse á alguna distancia. Seguí la escena con interés, y me convencí de que no le dejarían en paz tan fácilmente. En efecto, volvieron á la carga, menudearon las bromas y no llevaba trazas de terminarse el abuso.

O era aquel sér un idiota ó había perdido por completo toda noción de dignidad.

Yo no observé en él más que un movimiento: encogerse de hombros. Debía estar ya acostum- brado á aquello.

Súbitamente, uno le cogió la bota y se puso á beber un trago. El paria se estremeció. Otro dijo, arrebatándole los pedazos de pan: —¡Eso para mis perros!

El hombre se levantó como movido por un resorte y se puso serio. En esta actitud, tentáronle el bolsillo, y como sonaran algunas monedas, dijéronle: —Danos eso para unas copas.

Quien hizo ademán de quitarles las mone- das, todo pronto por el suelo de un empujón so- berano. El misero estaba totalmente desconoci- do. Al golpe asestado respondieron diez; pero él se defendía. Se defendía mal, con una mano sola. Con la otra atendía á sus mendrugos y á su bolsillo. Hizo daño, pero salió apabullado. Fué una refriega feroz y chusca á la vez. Los agresores conocían por lo visto la fuerza de aquel botarate. No conviene nunca llevar las co- sas á cierto extremo... El era la razón, y ellos el poder. Pero él era también el ignorante, el rústico, y ellos los avispados, los señores... Le dejaron por fin, se largaron riendo, riendo.

Mi primer impulso fué acudir en su ayuda, al verle objeto de la befa y del escarnio más soeces.

Estuve á punto de gritarle: —¡Estúpido! ¿No rechazas eso?... ¿Vas á dejar que te atropellen y te priven de tu dere- cho?...

Cuando lo ví luego agitarse, volver por lo suyo, estrechar fuertemente el bolsillo, una sen- sación extraña me hizo sentir el júbilo y la pie- dad á un tiempo, dejándome parado.

—«Esos» son unos caballas—pensé—pero ese es un imbécil.

Se ponía el sol, atrás quedaba la colina: des- cendiendo por la suave pendiente volví yo á contemplar el populoso emporio algo lejos, en- vuelto en ligeras brumas de tonos violáceos. Millares de luces titilaban en aquella extensión como chispas surgiendo repentinamente de un inmenso rescoldo.

Un rumor vago, así como lejanos sonos de una música estrambótica, percibían mis oídos, y á medida que las sombras se extendían, parecía aumentar la claridad en mi mente. A ella acudie- ron las siguientes palabras del gran poeta ro- mántico:

«El cerebro es el soberano que hay que res- taurar, porque hoy más que nunca, la cuestión social debe presentarse del lado de la dignidad humana.»

Y me decía yo: la dignidad humana no radica en el epigastrio. Sin embargo, cómo se agitó aquel bendito... ¡Qué lástima de arranque, que no se produjese más á tiempo, cuando le herían en su dignidad!... ¿Será que el sentimiento puede tener su centro en el estómago?... ¿Será que en la criatura humana puede más el hipo que el rü bor?... Cuando Alcibiades abofetó al estúpido

que se ufanaba de no haber leído nunca á Ho- mero, superó en justicia al emperador Rodulfo, que abrió las venas á su hijo por haber asesinado á una mujer.

Con la ausencia de ideal viene el bostezo. Cuando el individuo no se toma tanto trabajo por lo menos en pensar como en deglutir, su condición se rebaja á la del bruto. Así es domado y maltratado por lo indigno; así es siervo á me- nudo y respetado pocas veces; así es explotado con frecuencia y atendido con dificultad. Y lo que digo del hombre, dígoelo del cuerpo social. Aquel Juan Vulgar que yo había visto, simbolizaba un estado. Fué justo el arranque, pero de una finalidad harto mezquina. Bueno es vencer ce- rrando el bolsillo, pero es mejor triunfar abrien- do la conciencia y los ojos á una realidad que no se traduce en numerario. Debí protestar más pronto... y por algo mejor.

Cerraba la noche... el ruido sordo de la po- blación en movimiento se acentuaba cada vez más. Iba á confundirme nuevamente en aquel vaivén continuo, en aquel conjunto de miserables grandezas, en aquel tropel que encierra un fon- do de indiferencia letal. Y mis labios iban mur- murando á modo de oración exótica: —¡Pensado- res, moralistas, literatos, hombres de fé, en fin, no debierais dejar nunca en la noble tarea de encaminar al eterno niño! Llevando como faro la absoluta verdad hay que propagarla, difundir- la, imponerla; á cada paso, á todas horas, á pe- sar de todo. Hay que hacer obra de caridad inculcando la elevación de miras, la existencia de algo más y mejor que eso del interés propio y el provecho; hacer presente que al circunscribir el ideal en el apetito, se corrompe la conciencia humana, y se anulan las grandes acciones, y se aleja la noción de amor, de respeto y de justicia que debe presidir á todos los intereses de la vida.

S. GOMILA.

Noticias locales

AL SR. GOBERNADOR Y AL SR. ALCALDE

En vista de las alarmantes noticias que se re- ciben de Oporto, excitamos á aquellas autoridades para que, asesoradas de las juntas provincial y local de sanidad dicten cuantas medidas crean prudentes á fin de evitar se propague en nuestro país la peste bubónica, que ya oficialmente se sabe existe en aquella importante ciudad portu- guesa urge se tomen medidas eficaces sin miramien- to alguno, en evitación de que sobre esta desgra- ciada nación caiga una plaga más sobre las in- finitas que ya tiene.

NUEVA ASOCIACIÓN

Ayer, á las ocho de la mañana, reuniéronse muchos trabajadores de este puerto en la casa número 2 de la calle El Jobo (Casa de la Moneda).

El objeto de la reunión no era otro que el de acordar las bases para la formación del reglamento que ha de regir la sociedad que tie- nen en proyecto y que cuenta ya con más de 160 adheridos.

Dicha asociación llevará el título de La Bética, habiéndose sustituido por el primitivo La Unión, porque existe ya en Sevilla otra sociedad de jornaleros con el mismo nombre.

Dada la importancia del gremio, es de espe- rar que la sociedad salga adelante y progrese si- quiera sea por los beneficios que puede reportar á los asociados.

No sólo tienden estos á la defensa de los intereses comunes, sino que también al socorro y protección mutuos.

LOS TONELEROS

A las tres de ayer tarde reunióse en el Sa- lón de Oriente la sociedad de toneleros La Unión, con asistencia de más de doscientos in- dividuos.

Constituía la mesa por el presidente, Ma- nuel Díaz; vicepresidente, Diego Marco; primer secretario, Miguel Contreras; segundo secreta- rio, Emilio González; contador, Ramón Soza, y tesorero, Manuel Pérez, se abrió la sesión, dan- do principio por la lectura del acta de la anterior, que fué aprobada.

El presidente expuso el objeto de la reunión que era el acceder á lo solicitado por el número reglamentario de socios, respecto á que se to- mase un acuerdo definitivo sobre la presentación á los dueños de almacenes de las nuevas tarifas de precios formadas en la sesión anterior, á fin de que estos las aprobaran ó no, antes de que empiece la recolección de la aceituna, evitndo así que pueda parécér una imposición injusta y no la petición de un derecho.

Después de largas discusiones, se acordó el nombramiento de seis comisiones para que va- yan á presentarles las tarifas á los dueños, los cuales tendrán que contestar en la semana.

Dichas comisiones, compuestas de dos miembros cada una, quedaron nombradas en la siguiente forma:

Manuel Roales y Bruno Sosa, Antonio Mel- lado y Miguel Atacho, Antonio Manzano y An- tonio Gordillo, Sebastián Gómez y Sebastián Caballero, Enrique Cerezo y Juan Castizo, An- tonia Mellado León y Aurelio Lucas.

Además les acompañará un individuo de la Junta directiva.

Se acordó también el sostenimiento de una